JUNTOS DESDE LA MUERTE

por Manolo Marinero

autor de «EL CAZADOR» y «LENTA SERA LA VENGANZA»

Nota del webmaster(temporal): Este cuento fue imposible de tipear. Con esos nombres larguísimos, el terror radica en tipearlo, no en leerlo. Por lo tanto, si encuentran muchos errores, sepan disculpar, ya que lo corregí con un corrector online que no funcionaba muy bien. Espero poder revisarlo en un futuro.

Pre: La mujer que amaba ya no estaba en condiciones de oponerse a su firme deteminación, a la de quien había aceptado la muerte de los deseos... Con ímpetu desconocido acudía a la cita con el pánico

—El señor: ¿apreciábais a ese caballero?
Eberhardo acababa de desaparecer tras la puerta
—¿Qué si le apreciaba? Le aprecio y mucho le debo —respondió el Emperador.
—Entonces no debéis dejarle ir solo.
—No pude negárselo. Demasiados años lleva combatiendo a mi servicio, sin tregua ni respiro.
—Pues os sugiero que le prestéis una fuerte escolta.
—¿Para qué? Se ha despedido para siempre de las armas.
—No de momento, mi señor. Si aciertan mis sospechas se dispone a entrar derecho al fondo de las tierras de vuestro enemigo.
—¿Del Papa?
—De algún modo también y no escasamente. Pero primero al corazón del poder de Enrique el Orgulloso.
—Explicáos.
—Os prevengo, mi señor, que Eberhardo Leberecht de Falster se propone asaltar el convento de Quedlinburg.
—... Quedlimburg... ¿No hay allí un castillo?
—También.
—¿Dónde es?
—Más allá de Gotha, tras los picos más altos del Harz.
—Muy dentro de Sajonia.
—Así es, mi señor.
—No podrá llegar tan lejos el valiente Eberhardo sin ser reconocido y ahorcado por las huestes de los Welf.
—Eso calculo.
—Le haré desistir. Que vuelva a mi presencia.
—Antes mejor amparadle el trayecto. A esa marcha no renunciaría él jamás, pero con quebranto de su libertad y su corazón.
—Sed llano.
—Eberhardo conoció esta mañana una amenaza insufrible.
—¿Quién le amenazó?
—Yo.
—¿Cómo?
—Le descubrí una horrible historia que le heló las entrañas.
—¿Cuál?
—Su amada padece una condena atroz.
—Eberhardo no tiene, en singular, amada.
—Aquella. Godeliva de Schleinstein.
—¿Está recluida en Quedlinburg?
—En la abadía.
—¿Cuál es su condena?
—La lepra, señor.

* * *

Poco después de haber cruzado al alba la poterna del castillo Waiblinger, al cabo del descenso, Eberhardo Leberecht escuchó un trote rápido a sus espaldas. Eran mucho y venían como él de la montaña Hohenstaufen. Al alcanzarle le rodearon. Eberhardo maniobró las riendas de Geierfalke.
—Tenemos órdenes de Conrado de acompañarte a tu destino —le aclaró Walafrido Kühn.
—Volvéos.
—Iremos contigo hasta la jornada anterior a tu meta —explicó Esmaragdo de Lahr—. Tú serás el jefe y, entonces, dispondrás de nuestra ayuda a nuestro regreso.

Los ojos azules de Eberhardo se clavaron en el oscuro contorno del castillo, dominante de las carpadas rocas.
—Alguien ha revelado a Conrado de Suabia confidencias que me irritan —adviritió Eberhardo.
Geierfalke sintió el instinto de que rompería el combate.
—No lo sabemos Vobservó Walafrido Kühn por su cuenta y por la de Esmaragdo, Cristiano y la tropa.
—¡Volvéos! —conminó Eberhardo.
Walafrido, Esmaragdo y los demás jinetes guardaron el cerco y las distancias. Las cejas de Cristiano Gammertingen escurrían sudor que caía del borde del almófar y su diestra temblaba sobre la espada.
Eberhardo pensó a su pesar en aquellos hombres.
Walafrido, Esmaragdo y él tras Conrado III frente a los odiosos papistas. Varias veces habían enfrentado y burlado a la muerte juntos.
Llegaron a la entrada de Turingia juntos también.

* * *

La alta y espesa neblina empapaba las ramas de los árboles, la hierba agreste, las cotas de malla y los huesos. Las manos del caballo Geierfalke procuraban nerviosamente apoyo en las rocas húmedas. La ascensión por el sur de los montes de Turingia agotaba. La gualdrapa mojada y la armadura ligera de Eberhardo pesaban demasiado. Pero tras la cima esperaba el congosto. Un portachuelo que llevaba casi rectamente de Fulda a Gotha.
Eberhardo ignoraba el seguimiento de Walafrido y los otros. Su ánimo era gris como una agonía sufrida con estoicismo. Hacía siete años que no veía a Godeliva. Y ya no la vería más como fue.
Godeliva le rechazó. Se había comprometido con Walter Hardenberg. Se casó. Y Walter murió al año de matrimonio. Luego Godeliva, morando ya en el castillo de su padre, Chlodwing, devolvió las cartas de Eberhardo sin abrir. Aunque acompañándolas con un cofrecillo que contenía una rosa marchita.
Lo intentó y lo interpretó, pero nunca comprendió el verdadero sentido de aquella extraordinaria respuesta. Y ha tiempo supo que Godeliva se había recogido a la abadía de Quedlimburg y profesado órdenes benedictinas. Llevaba tres años allá.
Sólo siete días antes le comunicaron lo espantoso. Godeliva no pudo seguir más en su castillo. Estaba oculta en el convento. Atacada por la lepra. Mansa como un animal doméstico y enfermo.
Eberhardo no dudó un instante. Godeliva ya no estaba en condiciones de oponerse a su determinación, a la de quien había aceptado la muerte de los deseos. Más hora, estos deseos no eran otros que los de raptarla. Y detenerse juntos. Detenerse ellos, allá el tiempo con su hambre y su carrera. Vivir cerca de ella el resto de sus días. De los de ambos. Porque Eberhardo sabía que no hay una eternidad, como nos engañan. Sino dos. La que nos precedió; la que nos sigue. Y en el intervalo se encuentra la mujer destinada para uno en el único tiempo verdadero y en todos. No creía en la consolación. Se juraba que Godeliva había errado. Seguro, él también. Acaso de manera más reiterada: Godeliva sólo cometió dos equivocaciones que fueron una sola y la misma.
El ánimo de Eberhardo no era envidiable. Estaba citado con el pánico. Pero en sus venas corría un ímpetu desconocido, más fuerte que el adolescente. Trepaba a por lo suyo.
Sólo Geierfalke asistiría al final. Había montado demasiados caballos. Había cabalgado más que bastante por otras causas. Por los , como su padre por el Emperador contra los Papas en la cosa de las investiduras. Contra los Welf. Por asombrar al mundo con su valor y destreza también. No debía olvidarlo. Ya eran bastantes caminos.
Tenía un solo camino. Imaginaba por adelantado el peor estado físico de Godeliva. Unicamente pedía a la Santísima Virgen que la innombrable enfermedad no hubiera quebrantado la razón ni el sentido de la vista de su amada. Asumiría todo lo demás.
Desde sus veinte años sólo se había confesado una vez. En una tentativa de Cruzada. Antes de partir a Tierra Santa. Una confesión general que Eberhardo aceptó como rito. Y había mentido al confesar sólo un pecado. Desear un día la muerte de Walter Hardenberg. ¡Qué mal se había expresado! Pues deseó cuatrocientos días a cada hora de la noche y el día la muerte de Walter. Desde que recibió noticia del compromiso hasta que le llegó la de que Godeliva había enviudado, puntualmente.
Recordaba los rasgos de Godeliva. Aún con más efecto que admiración. Su mirada recta e involuntariamente intensa; limpia. Su cara risueña, fácil a mudar en melaconlías de niña.
¡Ah! Hardenberg fue precavido y él era disperso y ambicioso.
Aquellas bellas facciones. Cuando Godeliva tenía facciones...
Se hizo sangre en los labios. Cedió en que no loa había merecido. Pues el deslumbrar de las armas se la arrebató. ¿Y qué hacía ahora con su lograda fama caballeresca?
Bueno, se la quitaron a él, a un caballero sin casa. Al hijo de un Falster a quien tampoco había pertenecido Falster.
Este era su momento. Cuando Godeliva...
Le alcanzó una ráfaga de dolor en los sesos y el alma y el corazón, y perdió su dominio. Soltó las riendas de Geierfalke y bramó con un incontenible grito de fiera loca y acorralada, ronco y retumbante como un tronido. Geierfalke y los suabos se detuvieron confusos.
Eberhardo estuvo a punto de desfallecer y caer sin sentido de aquella altura hacia atrás, hacia el vacío, aislados sus músculos de su cabeza.

Pero escupió una espadañada de sangre y alzó la frente encarando las cumbres. Y recogió las bridas y se santiguó, lo que para el guerrero tenía un sentido de individual arenga. Y sin picar espuelas, apretó las rodillas contra los flancos de Geierfalke, que reanudó su ahínco en el sendero recortado por precipicios.

Cristiano Gammertingen nunca había entrado en combate. Horrorizado por el insólito bramido, hizo un excepcional empeño de lealtad a su tío el Emperador. Azuzó a su caballo arriba, adelante.

Walafrido, Esmaragdo y los jinetes de más edad y guerra no pensaron ni bien ni mal, sino en que no abría la tupida niebla.

* * *

Ya no había más que temer de los suabos. Se alejaba el retumbo de los cascos de sus caballos.

El pobre sajón se incorporó casi exangüe del aguazal teñido con su sangre. Distinguió el estandarte de color vivo sobre la mancha borrosa de la partida, que se perdía en el horizonte como una bandada de quebrantahuesos. Poco habría que recoger en noviembre; estarían ahora arruinados los maizales. Sacó sus pies del agua rojiza. Sobresalía de su hombro derecho un tercio de lanza astillada. Le había atravesado el espaldarón, el gámbax y la cota de malla.

Miró al campo sembrado de cadáveres y agonizantes. Les había roto aquella fulminante incursión procedente de las brañas, de la trocha de Gotha.

Caminó buscando a su hermano entre los yacentes. Sólo un hijo del dueño del lagar estaba erguido, mareado, sucio de sangre ajena, ensayando vacilantemente caminar sin perder la vertical, como una criatura. El alférez avanzaba en sus dos palmas y una sola rodilla, arrastrando una pierna rota, hacia su tumbado caballo.

Uno de sus convecinos expiró a su paso y el sajón del lanzazo en el hombro se desvaneció.

Luego encontró por fin a su hermano a la segunda ronda de búsqueda. Este tenía la vestimenta embarrada, el rostro hincado en el suelo y oculto bajo una costra lacre. La frente hendida por una punta de espuela. El sajón maldijo a toda la partida de suabos. Deseó para ellos la peor de las epidemias. Se sentó junto al cadáver de su hermano, contemplando cómo el perro del alférez lamía la pierna herida del amo, recostado contra el flanco de su caballo. El caballo rebufaba, resignado a su suerte. Un Una graja cenicienta bebía el agua ensangrentada del charco.

Recordó haber metido en los riñones de un joven jinete su espada hasta los arriaces. Volvió a ver su gesto. No de dolor. De asombro y horror. Recordó que aquel muchacho no supo maniobrar con el peso de su mandoble.

Y no pensó más en ello pues su mente se le escapaba hacia el riesgo de gangrena y hacia la escasa habilidad del boyero instruido por un benedictino en sanar quebrantos. El frío le engordaba adentro el hierro clavado.

No podría haber creído, de haber tenido noticia, que aquel desastre obedecía al rescate de una mujer de rostro desfigurado y carnes pavorosamente llagadas, marcada por un destino inexorable.

* * *

Enterraron hondo al sobrino de Conrado Hohenstaufen en un erial calizo, evitando los pastizales. El cielo era gris pálido como el lomo de Geierfalke.

Eberhardo se había esforzado en detener a Esmaragdo de Lahr, que en memoria del desdichado Cristiano quería pasar a cuchillo a Nordhausen. Allí también había un convento de monjas. No tenían motivos de represalias. Los sajones tan sólo se habían defendido cuando ellos les cerraron. Leberecht advirtió que, cuanto más al Norte estaban, más sensato era no hacer ruido. Incluso bordear por poniente el regreso a les jugaría las vidas hasta que llegaron al Neckar. Walafrido Kühn le secundó.

Perdieron en la incursión tan sólo cuatro hombre, un brazo y tres dedos, aparte de Cristiano Gammertingen. Hicieron mucho daño.

Eberhardo se dijo que, de haber partido solo, otras tantas vidas aún pisarían tierra. Y además cabía que los del castillo de Quedlimburg anduvieran ahora alertados.

No iba a consentir que ningún conocido contemplase a Godeliva en su actual estado —fuese este cual fuese— ni a distancia. Despidió a Walafrido y a la tropa, felicitándoles y deseándoles fortuna si llegaba realmente a empeñarse una improbable II Cruzada.

Les siguió el partir con una mirada insondable, en pie, apoyado en su pavés. No les veía. Veía el rostro de Godeliva. Un rostro que se la había presentado en pesadillas bajo cien horrorosas formas de deterioro a cada noche del recorrido. Ahora lo veía tal como era siete años atrás. En toda su suavidad y plenitud.

Solamente en una ocasión había visto de cerca a un leproso. Le asaltó una asociación de imágenes. Estuvo a punto de caer de bruces sobre el pavés, herido de vértigo.

* * *

Divisó desde la aldea norte del Harz el imponente castillo. Picó espuelas. Tras un temerario descenso, ya casi en la llanura, distinguió la torre de los que podía presumirse abadía. El ánimo de Eberhardo Leberecht renació. Un ímpetu salvaje bombeaba su corazón.

Montado en Geierfalke, al paso, examinaba las aguas del Bode, siguiendo la ribera derecha. Escogió un

esguazo a conveniente distancia del caserío. La abadía, afortunadamente, estaba algo apartada. No temía a las armas. Pero no podía permitirse que le arrastrase al fracaso un necio incidente. Poco le faltaba para estar con ella. Y, como había acariciado en su juventud, Godeliva de Sheinstein sería suya.

El Bode corría crecido. En medio del cauce notó que unas grajas alzaban vuelo sobre el arbolado de la ribera contraria.

Los malhechores le aguardaban en la ramada del bosquecillo. Cayeron sobre Eberhardo, sin sorprenderle, como pequeñas rapaces.

Mala la hubieron.

* * *

Observaban temblando de miedo al caballero. Este lavaba en el arroyo que caía al Bode la hoja de su mandoble y el abojo de su majador. Estaban atados corto a un árbol los tres salteadores. El cuarto enseñaba los ojos y las tripas al cielo.

Eberhardo se les acercó, midiéndoles y examinándoles como si fueran soldados.

—No me sirves, capilludo —dijo al más desmedrado de los prisioneros, que además llevaba un tajo al costado por el que se le escapaba la vida a borbotones.

Le decapitó y envainó el espadón.

—Si sóis cuerdos —se adelantó a los dos restantes —haréis cuanto os diga.

—Lo que sea, señor —se adelantó uno que disimulaba una herida en la pierna.

—¿Qué, señor? —preguntó el único ileso.

—Hacer fuerza a unas religiosas benitas, si es fuerza hacerla.

Esbozaron sonrisas maliciosas que los acerados ojos de Leberecht de Falster cortaron por lo sano.

Al desatarles, el malherido quiso hacer méritos, previniendo al caballero.

—En la abadía hay leprosas, señor.

* * *

Eberhardo en Geierfalke y el último bandido cruzaron un campo de flores bajo el cielo plomizo hasta llegar a la sombría abadía de Quedlimburg.

En la puerta el caballero reclamó la presencia de la abadesa. El hábito negro de las benedictinas le resultaba indiferente al falso escudero, pero encogía el alma del jinete.

Escolástica de Havellnad dispuso que se preparasen viandas para el viajero y su escudero. Dentro del patio, Eberhardo elogió por cortesía la huerta de cardos tanto de los comestibles como de los medicinales. Luego de beber en el pozo confesó sus propósitos.

—Necesito ver a Godeliva de Schleistein, madre abadesa.

—A la hermana Matilde... no podrá ser. Está... está muy grave...

—Lo prometí a Dios Nuestro Señor.

—No podrá recibiros...

—He hecho una larga jornada hasta aquí con ese único fin.

—¿De dónde venís? —la abadesa era noble. Y curiosa de los asuntos terrenales.

—Del monte Hohenstaufen.

La anciana miró hacia el claustro.

—Aún así no puedo dispensaros. A la hermana... —su semblante tornó de la preocupación a la dulzura— a Godeliva no se la puede ver...

—Por una vez.

—Pero...no es que haya impedimentos sagrados... tampoco es caso de disciplina... En su estado... Si su padre...

Entonces se oyeron voces tras una puerta del umbrío claustro. Eberhardo prestó atención. Voces de dolor, lamentos. La voz de Godeliva. Por un segundo escrutó el gesto azarado de la abadesa.

—Haz lo tuyo —ordenó al falso escudero.

Y el salteador cumplió con su deshonrosa misión, teniendo a raya a las indefensas benedictinas mientras Leberecht de Falster corría por la galería.

Echó abajo la pesada puerta.

* * *

La visión puso a prueba el temple de Eberhardo. Hay en la vida cosas espeluznantes aún para quienes difícilmente se amedrentan.

Y, aunque sangrase los sentimientos del inmutable enamorado, la reacción de ella fue la natural. Emitió un hondísimo, desconsolado gemido al verse sorprendida. Y, ocultando el rostro tras los brazos cruzados, se refugió en un rincón de la celda, presa de un llanto desesperado. Varios dedos le faltaban en las manos.

El avance de Eberhardo hacia ella, la proximidad, la mirada de espanto y misericordia que sentía clavada a sus espaldas, deshicieron el resto de sus fuerzas.

Sólo un segundo, con el alma puesta en los ojos, volvió a contemplar el caballero, sometiendo su náusea, aquella cara plagada y horripilante. Aquella cara joven pero destruida. Abotagada, surcada de pústulas rojizas, unas profundas y otras abultadas, nudosas, y de úlceras abiertas. Cara irremediablemente devorada por la lepra, invadida de muerte. Y en la expresión de Everardo se posó la serenidad.

Al salir con ella en brazos, desmayada, descubrió sin emoción que la anciana abadesa había sido golpeada por el indigno ayudante. Amenazadas por las armas de éste, algunas religiosas se debatían ante los arcos del claustro paralelo en un caos de histéricos chillidos y oraciones. Asomaba a una ventana de la torre un hombre joven. Y, para mayor sorpresa y confusión de Leberecht de Falster, otro, de edad avanzada, apareció en un ángulo del claustro. El rostro de éste resultó familiar al invasor.

* * *

Sostenía a Godeliva entre los brazos. Geierfalke volaba con las riendas sueltas y el aire húmedo cortaba la piel. El repicar de las campanas de la abadía era incesante.

Antes de perder de nuevo el sentido, ella había emitido ininteligibles protestas.

Habían rebasado el campo de flores cultivadas y el galope de Geierfalke era más rápido que si se hubiera desbocado. Agonizaba la luz matinal y, desde las estribaciones del Harz, un relámpago traspasó las nubes opacas.

Eberhardo advirtió un apretado grupo de veloces jinetes que le cortaba terreno desde levante. Hombres del castillo sin duda. Ya le venían siguiendo por detrás dos a caballo. Pero nada ni nadie le separaría ya de Godeliva. A pesar de su carga, Geierfalke galopaba (si se puede decir) con ferocidad. Aunque, en su fuero interno, Eberhardo se arrepentía de haberse desprendido con imprevisión de su fuerte escolta.

Al llegar al bosquecillo Geierfalke tuvo que menguar su galope.

Las ramas azotaban y arañaban el rostro de Eberhardo, que cuidaba el de Godeliva cerrando sobre él la palma de su diestra.

Escuchó entre la cadena de truenos un eco de cascos de caballos.

Una escuadra compacta. Por la izquierda.

Una gruesa rama le golpeó la frente. El casco se perdió rodando mientras Eberhardo se empeñaba en recobrar el equilibrio. Estaba aturdido. La sangre se le agolpaba en la cara. Pero Geierfalke no detuvo ni un instante su avance hacia el vado.

El de Falster desenvainó cuando clareaba el ramaje.

* * *

Le aguardaban en la orilla del Bode. Media docena de jinetes bajo un repentino y áspero chaparrón. Al salir Eberhardo del arbolado del descubierto, se unían a aquellos por el flanco izquierdo otros tantos rezagados. Se dispusieron en abanico, formando barrera delante del río. Alzaban espadones, lanzas y majadones sobre la almena de escudos.

—Entregad a la religiosa —conminó el del centro.

—Abríos.

—Entregad a la religiosa y deponed la espada.

—Abrid, que os deshago —amenazó el de Falster, ardiendo de impaciencia.

Geierfalke se ladeó inquieto al sentir que dos jinetes se aproximaban a su grupa desde los árboles.

Uno de estos dos caballeros se destacó. Parecía contar con autoridad sobre la escuadra.

—Rendíos. Leberecht de Falster.

El fugitivo estiró el brazo derecho, interponiendo su espada.

—Habéis cometido un crimen sacrílego. Inexplicable. Odioso a los ojos de Dios y a los nuestros —el tono de voz era a la vez enérgico y melancólico.

Pero Eberhardo no estaba dispuesto a dejarse ganar por el desconcierto. Empujó a Geierfalke con la rodilla, dando espalda al caballero, hacia la fila que guardaba la salida por el río. Ahora la voz serena de aquél le inmovilizó.

—No es Godeliva de Schleinstein a quien lleváis.

Demudado el rostro, distendido el brazo armado, Eberhardo encaró al provecto caballero. Le reconoció.

—¡Schleinstein...!

—Sí. Chlodwing de Schleinstein.

Eberhardo notó la mirada fija del segundo caballero. Era Lothar, el hermano mayor de Godeliva.

—Me engañáis —acusó Eberhardo confundido, mirando a la joven leprosa que estrechaba con su brazo izquierdo.

—Lo juro por Dios; ella me rogó que os volviera a la abadía.

—Así fue —respaldó Lothar de Scheinstein.

Eberhardo parecía dudar. Pero a continuación quedó tan visiblemente postrado que sus perseguidores le llegaron por detrás y le tomaron la presa sin asomo de resistencia. Eberhardo dejó caer su espadón y aceptó, sin entonación.

—Vamos.

Había hecho un ademán y Geierfalke avanzó al paso hasta que el viejo Chlodwing tomó sus riendas.

—Es tarde —medió Lothar—. Godeliva ha expirado.

Dios, el diablo o Azrael habían hecho víctima a Eberhardo de la más trágica de las burlas. El infeliz sintió el dolor insoportable, inhumano, que coloca al hombre a raya con la locura.

—Os reconoció por la voz —explicaba Chlodwing— pero Lothar y yo procuramos disuadirla. Os sabíamos

en territorio de Tubinga, atento a otros menesteres.

—Vuestra presencia en la abadía le produjo una excitación fatal —reprochó Lohtar—. Godeliva llevaba dos días abatida por la postrera agonía.

Los ojos azules de Leberecht de Falster chocaron con los del viejo caballero.

—La barbarie que cometísteis en el claustro fue el último golpe para mi hija. Antes me había pedido que os condujera hasta ella, pues el proceso de su brutal enfermedad consumió los restos de su respeto y su vanidad.

—... Entonces lo supo... —se dijo Eberhardo con un hilo de voz.

—... Qué fuisteis por ella. Sí. Fue la última certeza que entró en su consciencia.

Lothar se adelantó y, cruzándose, hizo retirar el puño de su padre de las riendas de Geierfalke.

—Marchad —alentó a Eberhardo—. Nunca os pude sufrir pero hoy admiro vuestro valor y devoción. Volved al sur o, si lo preferís, seguid camino hasta el mar, hasta Falster.

La mirada de Eberhardo era impenetrable.

—Llevadme hasta ella —les dijo.

* * *

Tres días después el duque de Sajonia conoció de aquel descabellado e infame asalto a Quelinburg y de las vidas cobradas por la incursión de los suabos. Envió inmediatamente un correo.

El faraute del duque comunicó a Chlodwing de Schleinstein las disposiciones. Que Eberhardo Leberecht fuera enjaulado hasta el azogue de Quedlinburg, decapitado en público y descuartizado. Que se repartieran sus cuartos por distintas plazas del ducado.

Ya Chlodwing había sido incapaz de detener el abrazo de Eberhardo (desbaratando la cubierta de tres prietas capas de flores) al cadáver de su hija. Y, antes de hacerle ejecutar en la horca, en un patio del castillo, le hizo saber que antepondría a las órdenes del duque la última petición de Godeliva. Que no estaba enterrada en el cementerio de la abadía. Sino bajo una rosaleda silvestre, junto a una ermita abandonada a la hiedra, en un paraje que Eberhardo no volvería a ver vivo.